

Eva Cruz

VEINTE AÑOS DE SOL

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Eva Cruz, 2022

Representada por la Agencia Literaria Dos Passos

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-762-5

Depósito legal: M. 7.595-2022

Printed in Spain

A mis amigas.

Ojalá pase algo que te borre de pronto,
una luz cegadora, un disparo de nieve.

Ojalá, SILVIO RODRÍGUEZ

2020 (Eduardo Zarza)

Está en la sala de espera, pero no sabe qué esperar. Revistas no hay. Aunque teniendo un móvil, para qué quieres una revista que ha tocado todo el mundo. Siendo además un gasto innecesario. Que recortar es virtud es algo que se sabe desde hace cincuenta años. Más incluso. Él, por ejemplo, siempre lo ha sabido y tiene sesenta y cuatro. También es cierto que las revistas, cuando había, estaban casi exclusivamente destinadas a un público femenino, como si los hombres no fueran al médico.

En la consulta de su oftalmólogo, por ejemplo, no había revistas. O muy pocas. Al fin y al cabo, un despliegue de publicaciones para ojear parecería una falta de tacto, casi un insulto. Los ciegos no miran revistas. Sol, sin embargo, llevada seguramente por ese atavismo que vincula convalecencia y lectura frívola, le había llevado una a su casa en cuanto supo lo del ojo. Y recordaba cerrar el bueno e intentar aumentar una foto rozándola con dos dedos a la altura de la cara de la figura. Era el rostro de la dueña de una casa que él juraría haber tasado, un chalet en Gredos,

que aparecía en esas primeras páginas de la revista, las dedicadas a las residencias de los ricos. Se intentó fijar en los detalles: el cenador, la piscina, la cabaña de invitados. Como veía tan poco, era más consciente de la dentera que producían al tacto las páginas grasientas. Pero le bastaron los colores y la disposición de los bultos, la forma cómo la luz entraba en las estancias, para acordarse de quiénes eran los dueños de la casa, y de la mujer que se la había enseñado con esa sensación de cortés desagrado, la mezcla chirriante de tragedia compleja y simple mal humor que suele acompañar la venta forzosa de una vivienda de placer que un divorcio obliga a convertir en dinero, en bien mueble. De lo que no se acordaba era de quién la había comprado finalmente. Tal vez esta señora que ahora posaba descalza en la cocina. Por eso quería verle mejor la cara, intentando ampliar la foto con dos dedos como si el papel fuera una pantalla. Pero la foto de papel no se abrió, así que nunca pudo identificar a aquella mujer. Tampoco es que ahora nada de eso importase gran cosa, habían pasado seis meses, una vida entera, y aquella revista, que debía de seguir por su casa, no era ya más que escombros satinados.

La retina nunca se le había terminado de pegar del todo: para siempre vería torcidas cosas que eran rectas. Los barrotes de una ventana, por ejemplo, seguían siendo paralelos, pero atravesados en la mitad por un zigzag, breve pero inevitable, como un nudo en un hilo de algodón salvaje o un rizo en

los anillos de un árbol talado. Era incapaz de distinguir también, por ejemplo, si dos gemelos idénticos eran efectivamente idénticos. Su oftalmólogo, el doctor Torres, le había explicado: la retina es como una pegatina, una vez que se despega es difícil que vuelva a quedar perfecta. Lo que ves con el ojo derecho, lo que llamas el rizo, es una arruga en la pegatina.

Eduardo Zarza nunca volvería a ver recto lo recto, pero con sus lentes intraoculares veía con una especie de nitidez esmerilada. Cuando no has visto durante meses, ver como sea, aunque sea con ojos de araña o de perro, es mucho.

¿Qué puede ver ahora? El blanco muy blanco, entre lo quirúrgico y el alto lujo, de este saloncito de espera. Al otro lado de la puerta de cristal abierta, un cubículo de recepción vacío, con una placa dorada en la que se lee M. Pérez. Nadie le ha hecho pasar ni le ha recibido, llamó al portero automático y entró solo, y ahora se ha sentado y se concentra en mirar. El verde oscuro de la planta de hoja grande junto al balcón que da a la calle. Madera pintada de blanco. Suelo reluciente, baldosa grande bajo alfombra de rizo, blanco roto con línea roja. Una pantalla negra, apagada. Un mando dormido en un estuche de ante, cámel. Ahora a los decoradores les ha dado por pedir que se pinten las paredes en colores de mamíferos tan tímidos que es lógico que hayan tardado cien años en aparecer en los catálogos: visón, topo, ratón.

Pensó: verde nutria, azul erizo, eso le haría gracia a Sol. Pensó en llamarla. Luego lo pensó mejor. La consulta estaba en la entreplanta de un edificio que sus agentes habrían aprendido a llamar representativo. Algunos decían «importante»: «Es un portal importante». No le gustaba, procuraba corregirlos, aunque era inútil: si no tienes gusto al hablar con treinta años ya te mueres sin él. Hizo un repaso a la calle Campoamor. Una buena calle, corta, interesante. Cualquiera de los inmuebles de los veinte números merecía integrarse en la carpeta. Tal vez incluso en este mismo edificio siguiera teniendo pisos activos. Sintió la tentación de comprobarlo y se echó la mano al móvil, pero se reprimió a tiempo. En el hospital, semanas atrás, en su primera visita, su neurotecnóloga, la doctora Tagle, le había advertido contra la invasión del tiempo que suponían los dispositivos, y la pérdida de capacidades neuronales que generaban, según llevaban décadas comprobando en estudios globales. Antes era capaz de repasar su carpeta piso a piso, mentalmente. Ya no. ¿Era por el tamaño de la carpeta o por la merma de sus facultades? Imposible saberlo.

—Especialmente a su edad, Eduardo, y dadas sus responsabilidades, es importante que acumule momentos de pensamiento puro. De observación, respiración, concentración, meditación. Seguir un pensamiento hasta su final, perseguirlo hasta el extremo de su mente, enseñarle la salida, dejar la mente en blanco. Ayunar de pensamientos, clarearlos para que crezcan

nuevos, sanos y fuertes. Como una tierra que se deja en barbecho.

Un individuo con bata blanca, el enfermero, quizás, o el secretario —estos procedimientos no necesitaban sacar sangre ni hacer emplastos— se asomó a la puerta del saloncito.

—¿Don Eduardo Zarza? Disculpe el retraso en atenderle. Nuestra recepcionista ha causado baja y la doctora Tagle ha tenido que ausentarse. Me ha pedido que por favor la disculpe y concertemos una nueva cita.

—¿Cómo que una nueva cita? —Eduardo se sintió violentado. Tenía cosas importantes que preguntarle a Tagle. Una cosa importante. Necesitaba una sola entrevista más, solo una. Había confiado en esa engréida. Incluso había convivido con la sospecha de que le hacía esperar a solas adrede, convencido de que era para darle un rato de vacío mental. Estaba tan del lado de esa malagradecida que había rechazado la intuición inicial de que le hacía esperar como a cualquiera para darse importancia y recordarle que el servicio al que accedía era exclusivo, puntero. Un plantón no era tolerable, rescataba aquella intuición primera y le hacía sentirse estafado.

El enfermero le atendía con desconcertante displi-cencia, botando con los pies desnudos en sus zuecos blancos. Llevaba gafas de montura dorada que se le empañaban al suspirar, como hacía ahora.

—La doctora ha tenido que atender una emergencia. Un paciente en peligro, lo siente muchísimo.

—¿Qué clase de emergencia?

—No estoy autorizado para divulgar esa información.

Zarza se levantó despacio del sofá, se abrochó la chaqueta, el gesto instintivo de alguien que siempre lleva traje. Habló despacio.

—No entiendo qué clase de peligro mortal, qué emergencia insoslayable puede tener el paciente de una neurotecnóloga que se dedica a fomentar la inteligencia y mejorar la memoria.

—No tengo autorización para hablar de otros pacientes, señor Zarza.

—Y yo no tengo tiempo para perder el tiempo. Tagle me visitó varias veces en el hospital, me insistió en que acudiera a su consulta, hemos hablado en diversas ocasiones por teléfono, la cita era firme. Creo que tienen ustedes una web. Puedo firmar una valoración, con mi nombre y apellidos. —Eduardo se echó la mano al móvil.

—Siempre puedo atenderle yo. Soy el doctor Fehoz, su socio —zanjó el hombre, acercando su mano a la rápida mano de Eduardo Zarza, curvada ya sobre su cartuchera.

—Su socio. —Era una pregunta, pero no usó la inflexión de las preguntas.

—Socio coinvestigador. La doctora Tagle es la fundadora de Cochle Tech. Ella desarrolló la tecnología. No suele recibir pacientes, se centra en el I+D+I. Soy yo quien se encarga del día a día, de las implantaciones y del seguimiento terapéutico. Con usted hacíamos una excepción, señor Zarza. Valoramos muchísimo su patronazgo.

Eduardo se sintió complacido de que Fehoz paladease la palabra patronazgo como si fuera la primera vez que la decía. Y una de sus debilidades era no resistirse a la deferencia. Accedió. No le gustaba variar su agenda. Tagle tal vez fuera la teórica, pero este doctor tenía las manos limpias y fuertes, y él siempre había confiado en quienes llevaban a cabo con pericia trabajos manuales de detalle.